4311

España y Portugal

Guzman

24

ESPAÑA Y PORTUGAL

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

D. JOSÉ MARÍA GUZMAN

Representado por primera vez con extraordinario éxito en el Teatro-Romea el dia 17 de Febrero de 1873.

Manuel Valls

MADRID
IMPRENTA, FUNDICION Y ESTEREOTIPIA DE D. JUAN AGUADO
calle del Cid, núm. 4 (Recoletos)

1873

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/espaayportugalju25524guzm

AL DISTINGUÍDO ACTOR CÓMICO

D. JOSÉ BANOVIO

En prueba del sincero afecto que le profesa, le dedica este humilde JUGUETE su buen amigo

El Autor.

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA MANUELA	SRA. BUZON.
DOÑA VIRGINIA	» MARTINEZ.
SERAFINA	» FRANCESCONI.
DON ERNESTO	SR. BANOVIO.
DON MARCOS	» JURDAO.
EMILIO	» PEREZ CACHET.
UNA CRIADA	STA. CASTRILLO.

La accion en Madrid.—Época actual.

La propiedad de esta obra y venta de ejemplares pertenecen en Madrid á la empresa del TEATRO-ROMEA, y la propiedad y venta de fuera al autor: por lo tanto nadie podrá, sin permiso de éste, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes se hayan celebrado ó se celebren en lo sucesivo tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva asimismo el derecho de traduccion.

Los corresponsales de la *Guia oficial de ferro-carriles* y los comisionados que el autor designe en provincias son los exclusivos encargados de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO

Sala lujosamente amueblada, con puerta al foro y otras dos á la derecha. A la izquierda el cuarto de Emilio. Velador con tintero, papel, etc., y periódicos. En una de las consolas un frasquito con esencias y un revólver.

ESCENA PRIMERA

DOÑA MANUELA (sola).

(Doña Manuela en el foro y como hablando con la criada, que se supone dentro.) ¡Ramona!... ¿está listo el almuerzo? (Saliendo á la escena.) ¡Ay, Ernesto!... me parece que te vas á quedar debajo de la mesa. (Mirando el reloj.) ¡Jesús... la una! ¡Esto es insufrible!... ¡Estoy aburrida y desmayada! ¿Dónde se habrá metido mi señor marido para retardarse de esta manera? ¡Ah!... ya caigo... no me acordaba que hoy es dia de toros... Claro está, los buenos aficionados, no sólo deben asistir á las corridas, sino tambien al encierro y al apartado de los bichos. ¡Si Dios hiciera el milagro de que le despachara uno de ellos!

ESCENA II

DICHA y EMILIO, que sale de su cuarto.

EMILIO. ¡Adios, querida Manuela!

MANUELA. ¡Hola, dormilon!... yo que tú ya no me hubiera levantado hasta la noche. ¡Valiente vida, chico!

669079

EMILIO. ¡Pst!... para el quehacer que tengo... Ademas, hoy es domingo, y hay que ir á los toros: tu marido se empeña, y...

MANUELA. No me le nombres. ¿Te parece prudente tenerme á estas horas con un simple desayuno?

EMILIO. Es verdad; con un simple desayuno en que te tragas tres onzas de chocolate, dos docenas y media de buñuelos y una librita de uvas... ¡Me gusta la simpleza!... Y á fé á fé que bien te luce.

MANUELA. Siempre con el mismo humor.

EMILIO. Ese no me falta nunca. Si supieras el que tengo ahora en este brazo de resultas de cierto mordisco que tuvo á bien endosarme dias pasados una perra mujer...

MANUELA. Muy bien, caballerito.

EMILIO. Muy mal, digo yo; mas por fortuna me he vengado: de resultas de nuestro rompimiento... á muerte, se arrojó á la calle desde un sétimo piso, quedando hecha en la acera una tortilla. Yo lo siento, pero...

MANUELA. ¡Dios mio, qué atrocidad! ¿Conque has sido tú el causante de esa desgracia de que nos habla anoche *La Correspondencia*, y, sin embargo, con la mayor sangre fria la pasaste en Capellanes?

EMILIO. Hija, ¡qué quieres!... las cuestiones mujeriles las miro yo con la mayor indiferencia. Ademas, basta que lo diga *La Correspondencia* para que me tema no resulte cierto.

MANUELA. ¡Qué atrocidad! ¡Y que tengas valor de divertirte!

EMILIO. ¡Bah!... Más que nunca; y anoche, sobre todo, me he divertido de lo lindo. Figúrate que primero bailé una polka con una casadita que me aseguraba preferir el ambiente perfumado del salon á los halagos del marido; luego un vals coreado con una bailarina de «La Infantil» más

fea que una noche de truenos; despues una danza á quema-ropa con una jamona de unas nueve arrobas que despedia un olor á aguardiente insoportable: por último, entregué mi epístola á la consabida, y...

MANUELA. ¿Estarás muy satisfecho? Pero, hombre, ¿cuándo sentarás la cabeza?

EMILIO. Pronto, mujer, pronto. Y á propósito, ¿qué tales informes ha dado Ernesto al padre de mi novia?

MANUELA. Lo consultó conmigo, y convinimos en darlos desfavorables, con el fin de que no la hicieras desgraciada.

EMILIO. ¡Bueno! (Así me vengaré.) ¿Conque desfavorables, eh?...

MANUELA. Creo haber acertado.

EMILIO. (Se sienta, y escribe precipitadamente una carta.) (Basta con dos letras.) (Cierra la carta y coge el sombrero.) Me marcho, adios.

MANUELA. (Deteniéndole.) No te vayas aún, que vamos á almorzar.

EMILIO. Almorzad vosotros, que yo estoy convidado. (¡No es mal almuerzo el que os aguarda!) (Vase.)

ESCENA III

DOÑA MANUELA, despues DON ERNESTO

MANUELA. ¡Dios mio... qué cabeza tan destornillada! Esa cartita que acaba de escribir debe ser algun nuevo plan que proyecta. ¡Ay! ¡Ojalá fuera para dejarnos en paz! (Sale D. Ernesto por el fondo en traje de calle y desesperado.)

ERNESTO. (¡Esto no puede seguir así... imposible!)

MANUELA. (Al verle.) ¡Ernesto! A tí te ha pasado algo.

ERNESTO. (Paseándose sin hacerla caso.) Se ha empeñado en matarnos á disgustos... ¡Esto es atroz!...

MANUELA. (¿No lo dije?... Ya pareció aquello. El tal Emilio es una calamidad.) (Con dulzura.) Pero, hombre, ¿qué te pasa?

ERNESTO. (Sentándose.) Nada, mujer, nada. (Acabará por arruinarme. (Se levanta.)

MANUELA. ¿Estás malo?

ERNESTO. (Vuelve á sentarse.) ¿Querrás dejarme?

MANUELA. (¡Jesús!... Nunca le he visto tan enfadado. ¿Qué habrá sido?... Es preciso distraerle.) (Cada vez con más amabilidad.) ¡Ernesto!... ¡Ernesto!...

ERNESTO. (Levantándose y más colérico.) ¡Uf!!...

MANUELA. (¡Nada... no me hace caso!) Ya se ve... como tú habrás almorzado... (Pausa.) Ni por esas. Estoy temblando.

ERNESTO. (Quisiera tener valor, mucho valor, para que me las pagara todas juntas.)

MANUELA. (Recurramos á otros medios más poderosos.) ¡Qué malos deben ser los toros de esta tarde, cuando traes tan mal humor!

ERNESTO. (Vivamente: transicion.) ¡Qué has dicho!... ¡Oh infamia inaudita!... ¡Malos los toros de esta tarde!... (La coge de la mano.) ¡Avergüénzate, y escucha!

MANUELA. (En hablándole de cuernos, se entusiasma.)

ERNESTO. (Id.) ¡Son de Miura!

MANUELA. ¿Dónde está ese pueblo? Yo no conozco más toros que los de Colmenar.

ERNESTO. Es claro... como siempre andas entre zánganos...

MANUELA. Como tú...

ERNESTO. ¡Ea!... basta de indirectas, y escucha. Miura es un íntimo amigo mio de Sevilla, y uno de los ganaderos de más fama; y esto es debido principalmente á la sangre de sus toros.

MANUELA. Como sea como la tuya...

ERNESTO. ¡Pues!... una cosa parecida; por eso cuando me enfado bajo la cabeza, y me voy derecho al

bulto... (Cada vez más entusiasmado.) ¡Soberbios, chica, soberbios!... ¡Vaya unos seis mozos!...

MANUELA. (¡Ea! Perdió la chaveta.) ¿Qué mozos?

ERNESTO. Los toros, mujer, los toros. ¡Qué torpe eres!

MANUELA. (¡Oh, diversion brutal, qué fuerza tienes!) (Cómicamente.)

ERNESTO. A tí, en no hablándote de modas... eres la nulidad personificada. (Al oir doña Manuela la palabra *modas* se entusiasma tambien, y ambos de esta suerte exclaman á la vez.)

MANUELA } —¿Y qué mujer no se entusiasma con ellas?
ERNESTO } —Quiero decir muy grandes, bien armados y de libras.

MANUELA } —El vestido que hoy estreno dará golpe.
ERNESTO } —El primero, sobre todo, negro como una mora, *bragao*.

MANUELA } —¡Qué buen gusto tengo!... Es divino.
ERNESTO } —Pues ¿y el segundo?... ¡Bonito animal!

MANUELA } —¡Diez mil reales me cuesta, pero vale más!
ERNESTO } —¡No digo nada el tercero!... de buen *trapío*...

MANUELA } —Pareceré una diosa en la ópera esta noche.
ERNESTO } —¡Valiente corrida nos aguarda!

(En este momento aparece en el fondo la criada.)

CRIADA. El almuerzo está en la mesa. (Vase.)

MANUELA. (¡Santa palabra!)

ERNESTO. (¡A buena hora!... yo ya le tengo en los talones!) (Vuelve á enfadarse.) Pero este Emilio... este Emilio... No sé cómo tengo tanta paciencia.

MANUELA. (¡Otra vez con la misma manía!... Algo grave será cuando no se le quita de la cabeza.) Déjate ahora de tonterías, y vamos á almorzar.

ERNESTO. (Colérico.) ¿Y crees que yo estaria sin almorzar á estas horas?... ¡Vete tú!

MANUELA. (Humilde.) ¿No lo estoy yo por aguardarte?

ERNESTO. (Idem.) Bien, pues ya lo sabes.

MANUELA. Es que no podré comer tranquila sin que pri-

mero sepa los motivos que tienes para estar así...

ERNESTO. ¡Ea!... tarde ó temprano debias saberlo... conque cuanto ántes mejor.—El dinero...

MANUELA. (Con viveza.) ¿Qué dinero? ¿Acaso has perdido el dinero del casero?...

ERNESTO. No, lo que he hecho ha sido perder el recibo.

MANUELA. Por poco te apuras. Ya te darán otro por duplicado. Pero no... tú tienes alguna pena mayor. (Cada vez con más interes.) ¿Qué dinero es ese? ¡Pronto... acaba!...

ERNESTO. El de la modista. (¡Se armó la gorda!)

MANUELA. (Exaltada.) ¿Cómo? ¡Se te han perdido los diez mil reales que llevabas para ella?

ERNESTO. ¡Ay! Es doble nuestra desgracia.

MANUELA. Pero, hombre, ¿qué sucede?

ERNESTO. ¡Friolera! (La temo más que á un toro. ¿Y cómo se lo oculto?) Que he tenido que pagar dos veces esa cantidad.

MANUELA. ¡Ay, Dios mio!... Mas, ¿cómo puede ser? Explícate.

ERNESTO. Cosas de mi hermano.

MANUELA. ¿Alguna nueva hazaña de ese infame?

ERNESTO. Sí, me ha engañado como á un chino. Yo tenia que hacer, y me ofreció llevar los cuartos en mi nombre.

MANUELA. (Con ira.) ¡Ya lo creo que se ofreceria!... ¡Vírgen e los Desamparados!... ¿Y te estás con esa calma?

ERNESTO. (Ahora me saca los ojos.)

MANUELA. (Desesperada.) ¡Qué hombre, Jesús, qué hombre! ¿Y naturalmente los habrá jugado? Yo ya hubiera dado parte á la justicia.

ERNESTO. (Murió hace tiempo esa señora.)

MANUELA. ¡Buen almuerzo me has dado, marido!

ERNESTO. Pero, Manuela, ¿tengo yo la culpa?

MANUELA. (Con desprecio y marchándose.) ¡No barbarices más, que me horripilas! (Vase.)

ESCENA IV

DON ERNESTO (solo)

¡Pues, señor, esto se va animando! ¡Mi situacion es cada vez más complicada! ¡Si no fuera por esta alma tan grande que Dios me dió... por esta resignacion extraordinaria, y, sobre todo, por esta pachorra descomunal... hoy mismo me tiraba desde la torre de Santa Cruz. (Don Márcos, que habrá escuchado en el fondo las últimas palabras, sale bruscamente y le da un pisoton.—Lleva en la levita alguna insignia que indica ser militar.)

ESCENA V

DICHO y DON MÁRCOS

MARCOS. ¡Es V. un cobarde!

ERNESTO. ¡Ay!!... (¡Valiente bestia!) Me ha reventado V. seis sabañones y medio, tres callos y dos ojos de perdiz. (Debe ser comunista.)

MARCOS. Ninguno de esos platos me gusta; conque si no tiene V. otros... volveré á comer cuando los tenga.

ERNESTO. (¿No lo dije?... ¡Pues me gusta la franqueza!) ¡Caballero!... está V. en casa de...

MARCOS. En casa de un cobarde que quiere arrojarse desde la torre de Santa Cruz, porque no existe. ¡Voto á mil diablos!...

ERNESTO. ¡Está V. fresco!... En Madrid... tiene V. razon; pero en Santa Cruz de la Zarza, en Santa Cruz de Mudela y en otros muchos pueblos de este mismo nombre que hay en España... existen torres, sí, señor, y algunas muy altas. Se conoce que no es V. perito en la materia.

MARCOS. ¡Cuidado con llamarme á mí perrito, porque le divido de un sablazo!... (Aparte y en ademan de sacar el sable.) (Creia llevarlo encima.) ¡Bombas y truenos!...

ERNESTO. (¡Sablazo, bombas y truenos... militar debe ser!)

MARCOS. Soy capitan de caballería.

ERNESTO. Ya me lo figuraba. (¡Si tengo yo más olfato que un perro pachon!)

MARCOS. Sí, señor; me cabe la gloria de haber obtenido ese grado, no así como se quiera, sino á fuerza de hechos inmortales.

ERNESTO. Muy bien por la gloria. (Este debe pertenecer á la *Gloriosa*.) Señor oficial... los militares que no conservan la geografía en la cabeza, al ménos deben tenerla en los talones.

MARCOS. Gracias.

ERNESTO. (¡Qué *pesqui* tiene!) Oiga V., caballero, el tiempo va pasando en digresiones, y todavía no sé el motivo que le trae á esta su...

MARCOS. ¿El motivo? Mejor lo sabrá V.

ERNESTO. No, pues mire V., no lo sé... ¡Ah... qué torpe soy!... Dispénseme V... si no... ¡Ya se ve!... como todos los dias tenemos nuevos convidados á la mesa... (y, sin embargo, tengo que hacer la vista gorda)... no habia caido al pronto...

MARCOS. (Este hombre es tonto.) Efectivamente, ese es un motivo; pero no el principal, señor don E. E., ó lo que es lo mismo, algébricamente hablando, señor don E. *segunda*.

ERNESTO. (¡Hombre... si es más matemático que Newton!) Como mi mujer es tan galante... tan amable... ¡pst!...

MARCOS. ¡Calle!... ¿Conque tiene V. mujer?

ERNESTO. ¿No he de tenerla? (¡Vaya una salida!) Tambien V. tendrá la suya, y para mí santo y bueno.

MARCOS. (Iracundo.) Eso, caballero, es justamente lo que me obliga á hacerle esta visita: el no encontrar santo, ni mucho ménos bueno, que V. seduzca á la mia.

ERNESTO. (¡Qué barbaridad!) V. debe estar equivocado.

MARCOS. Lo que estoy es hecho un tigre contra V., y me dará una satisfaccion.

ERNESTO. (Es lo que justamente me faltaba. ¡Dios mio, este hombre es más terrible que un bicho de Veraguas!) Hágame V. el favor de no gritar. (Con temor.)

MARCOS. (Cada vez más fuerte.) ¡Es que me sobra la razon por encima de los pelos!

ERNESTO. Pero, hombre, baje V. la voz... que mi mujer...

MARCOS. ¿Y á mí qué me importa su mujer? ¡Que lo oiga!... ¡Que lo sepa!...

ERNESTO. Pero, ¿qué ha de saber?

MARCOS. ¡Que ha tenido V. la audacia de escribir una carta á la mia!

ERNESTO. (Aparte y bajando la voz cada vez más.) ¡Qué atrocidad!... ¡Por Dios... más bajo!...

MARCOS. (Cada vez más fuerte.) ¡No, señor, más alto!

ERNESTO. (Id.) ¡Pruébemelo V!

MARCOS. (Enseñándole una carta.) Está probado.

ERNESTO. (Aparte y estupefacto.) ¡Mi firma!... ¡Estoy perdido!

MARCOS. ¿Se ha quedado mudo?... ¿Qué dice V. á esto?...

ERNESTO. Que efectivamente es mia... Digo, no... no es mia... (¡Algun enredo de mi hermano!)

MARCOS. Escoja V. armas.

ERNESTO. Se las han llevado todas los prusianos.

MARCOS. ¡Calle V., francés!

ERNESTO. ¡Cómo francés!... Soy español... y tengo alma...

MARCOS. De gallina.

ERNESTO. Pero, hombre de Dios, dése V. á razones.

MARCOS. No hay razones que valgan. V. ha ofendido á mi

mujer, y esta ofensa sólo se lava con su sangre de V.

ERNESTO. ¡Con mi sangre!... ¡Si está helada!... En el matadero la encontrará V. fresca y abundante.

MARCOS. Ahí es donde yo le quiero á V. ver, en el matadero.

ERNESTO. (No, pues la cosa va de veras. ¡Ay... no me llega la camisa al cuerpo!)

MARCOS. Mañana á las cuatro de idem en el estanque del Retiro.

ERNESTO. (¿Sí?... Pues aguárdeme V. en el fondo, con los peces.) No me levanto tan temprano.

MARCOS. (Amenazándole.) ¿Prefiere V. que le acogote?...

ERNESTO. ¡Ay... tenga V. compasion de mí!... Soy moro de paz, se lo aseguro.

MARCOS. Lo dicho.—Con eso verá mi mujer que he cumplido con los deberes de un buen esposo. (Dándole en el hombro.) Hasta mañana. (Se va y vuelve.) ¡Con dos mil de á caballo... que si falta!... (Se dirige hácia el fondo, encontrándose cara á cara con doña Manuela, que sale en traje de calle y elegantemente vestida; se conocen y hablan bajo un breve instante, sin que se aperciba de ello don Ernesto.) ¡Qué veo!... ¡Oh dicha!...

MANUELA. (Saludando y aparte tambien.) ¡Silencio!... ¡Vuelva V!..

ERNESTO. (¡Ya lo creo que faltaré!... ¡Pues poquito á gusto que se encuentra uno entre las sábanas á esa hora en que ni siquiera andan por las calles las burras de leche!)

ESCENA VI

DON ERNESTO y DOÑA MANUELA

MANUELA. (Ahora sabremos dónde ha echado ese infame los diez mil reales de mi vestido.)

ERNESTO. (Al verla.) ¡Hola!... ¿Vienes de la fonda?

MANUELA. Vengo de ver al inspector. (Se quita el velo.)

ERNESTO. ¿De dar más escándalo... eh? ¿Es decir, que todo Madrid ha de saber lo que pasa hoy en esta jaula de grillos?...

MANUELA. Sí, señor, hasta el gobierno.

ERNESTO. (Si se tratara de Fornos, no digo que no.)

MANUELA. ¿Ha venido alguien?

ERNESTO. Un caballero que habrás encontrado en la escalera.

MANUELA. ¿Qué queria?

ERNESTO. (¡Aquí te quiero, escopeta!) Lavarse mañana con mi sangre en el Retiro.

MANUELA. ¿Enredos, caballerito?...

ERNESTO. No, mujer; es que supone que yo haya escrito una carta á la suya.

MANUELA. ¡Hola! ¡Hola!... ¿Esas tenemos?... Pues bien; se le formará á V. consejo matrimonial.

ERNESTO. (Temblando.) Pero, Manuela, si debe ser algun complot de Emilio...

MANUELA. No admito escusas. Ahora comprendo sus entradas y salidas... y sus mareos de cabeza... (Con sonrisa sarcástica.) Porque se encuentra V. muy mareado...

ERNESTO. (Desesperado.) ¡Vive Dios!... ¡No me sulfures... porque estallo!

MANUELA. Cuidado con subírseme á las barbas... porque ya sabes que las tengo.

ERNESTO. (Como que es un marimacho.)

MANUELA. Procuraremos aclarar esta cuestion, y el culpable será pasado por mis... armas. (Mostrando los puños y marchándose por la derecha.)

ESCENA VII

DON ERNESTO (solo)

¡Llueven males sobre mí!... (Sentándose.) ¡No puedo más!... (Desalentado.) Las plagas del matrimonio

nio me circundan. Y todo por aguantar á ese vago de Emilio, que, ademas de no soltar un cuarto, nos tiene en un constante infierno. (Se levanta.) Quisiera tener bastante valor para matarme. (En este momento aparece Virginia en el fondo con el velo bajado y toda de negro. Lleva tambien un rollo de papeles en la mano.)

ESCENA VIII

DICHO y VIRGINIA

VIRGINIA. ¡Alabado sea Dios!

ERNESTO. Adelante. (¿Quién será esta tapada?)

VIRGINIA. Vengo á tratar con V., Sr. D. E. E,

ERNESTO. Ernesto España, para servir á Dios y á V. (Es una beata.) (La da una silla y se sientan.)

VIRGINIA. Justamente es lo que vengo buscando.

ERNESTO. ¡Cáspita! Me gusta el comienzo. (¡Ay! si lo huele mi mujer!) Suplico á V. que sea bastante breve... ¿Vendrá V. á tratar de algun negocio... eh?

VIRGINIA. (Suspirando.) Sí, señor; del negocio de anoche.

ERNESTO. (Atónito.) ¿De anoche?... (¡Otro lio más! Pues, señor, la cosa marcha). A ver, á ver.... esplíquese V.

VIRGINIA. Anoche estuvo V. en Capellanes.

ERNESTO. (Atónito.) ¿Yo?...

VIRGINIA. Sí, señor; llevaba V. un traje de...

ERNESTO. (Levantándose aturdido.) ¡Demonio!

VIRGINIA. (Id.) ¡Ave María purísima! (Se santigua.)

ERNESTO. Prosiga V., señora. (Mirando á todos lados.) (Estoy en ascuas.)

VIRGINIA. Y en el intermedio de la primera á la segunda parte, me entregó V. este billetito... (Mostrándole una carta.) que afortunadamente he podido recobrar de manos de mi marido.

ERNESTO. ¿Luego V. es la señora de...?

VIRGINIA. De D. Márcos Portugal Cienfuegos, capitan de caballería, el cual, habiendo descubierto nuestros amores, ha jurado asesinarnos.

ERNESTO. ¡Señora!... ¡V. debe venir equivocada!

VIRGINIA. ¿Equivocada... eh?... (Dándole en la cara con el rollo de papeles que tiene en la mano.) ¡Picarillo!... Y en prueba de ello le prevengo que, si no se encuentra con el valor indispensable en tales casos para arrostrar por la fé el martirio injusto que nos aguarda, nos demos inmediatamente á la huida, yendo á parar en *amor* y *compaña*... (Le vuelve á dar en la cara con el rollo, pero cada vez con más zalamería.) hasta Suez ó Alejandría.

ERNESTO. Se conoce que es V. muy aficionada á los serrallos. (¡La beata no caza largo que digamos!) Siento amable Doña...

VIRGINIA. Virginia me llamo. ¡Qué flaco es V. de memoria!

ERNESTO. ¡Qué mal la sienta á V. un nombre tan bonito!

VIRGINIA. Pues anoche no era V. del mismo parecer.

ERNESTO. Ea... señora; siento no poder disfrutar de esas encantadoras ventajas que me ofrece: yo soy pacífico, muy pacífico.

VIRGINIA. ¿Cómo? ¿Se vuelve V. atras?... (Levantando la voz.)

ERNESTO. Ni atras, ni adelante. Véase V. con mi hermano, que tiene las mismas iniciales que yo, y es quien suele andar constantemente en lios de esta naturaleza: ademas, suplico á V. que baje la voz, porque pudiera apercibirse Doña Manuela, mi mujer.

VIRGINIA. (Cada vez más alto, y llena de ira.) ¡Villano! ¡conque tiene V. mujer!...

ERNESTO. ¡Dale! sí, señora; por desgracia.

VIRGINIA. ¡Y se llama Doña Manuela? ¡La que hace el buey con mi marido!... ¡No puedo más!...

ERNESTO. (Con vivo interes.) ¿Cómo?... ¿Qué ha dicho V.?.. ¡que

mi marido hace el buey con su mujer de V.!... digo... ¡que su mujer de V. hace el buey con mi marido!... digo... ¡Yo no sé lo que me digo!...

VIRGINIA. ¡Dios mio!... (Cae desmayada.) ¡me muero!...

ERNESTO. (Sin saber qué hacer.) ¡Uf!...

VIRGINIA. ¡A... gua!.. al... cohol!...

ERNESTO. (Corriendo asustado.) ¿Qué?.. ¿Qué quiere V.?.. ¡Agua al sol!... ¡Señora, si no da aquí en todo el invierno!... (Coge de encima de la consola un frasquito y se lo aplica á las narices.) ¡Cielos!... si es *aceite de bellotas*!... y le iban á salir pelos en la lengua... ¿Dónde estarán los espíritus?.. (Al ir otra vez hácia la consola, se para de repente.) Siento pasos. ¡Mi mujer debe ser! (Coge en los brazos á Doña Virginia y la encierra en el cuarto de Emilio.) ¡Por Dios, señora, no se haga V. la pesada! ¡Jesús!... ¡Qué laberinto!...

(Sale Emilio por el fondo en traje de calle.)

ESCENA IX

D. ERNESTO y EMILIO

EMILIO. (Ya estoy vengado.)

ERNESTO. (Dejándose caer en una butaca.) Esto es peor que estar en Leganés. Estoy sudando. ¡Ay! ¡Valiente situacion! ¡Si le tuviera delante!... (Al levantarse bruscamente, ve á Emilio.) ¿Estabas ahí?

EMILIO. (Eso es que ya ha estallado la tormenta.)

ERNESTO. (No sé cómo me contengo.)

EMILIO. ¡Qué serio estás, hombre! (Aludiendo á Manuela.) ¿Ha habido jaleo?...

ERNESTO. ¡No es malo el que tú nos has armado!

EMILIO. (Tomé mi revancha.) ¿Yo?

ERNESTO. Sí, tú.

EMILIO. Ja... ja... ¡pobre Ernesto!.. Te compadezco.

ERNESTO. ¿Quieres que aún trague más hiel?

EMILIO. (Entrémosle por el flaco.) Déjate de sandeces y venga mi billete.

ERNESTO. (Sacando la carta y mostrándosela) ¿Este billete?

EMILIO. (¡Me clavó!) El de los toros es el que quiero.

ERNESTO. (Entusiasmado.) ¡Soberbios, chico, soberbios!

EMILIO. ¿Sí... eh?...

ERNESTO. (Vuelve á inquietarse.) ¿Conoces esta esquelita?

EMILIO. Como que es mia.

ERNESTO. Pues bien: (Mirando á todos lados y cada vez más apurado.) la señora á quien tú se la entregaste.... está.... a... quí...

EMILIO. (Asustado.) ¡Que está aquí!...

ERNESTO. No, que ha estado aquí... y su marido tambien. (Con voz muy baja.)

EMILIO. ¡Va!.. Tú estas loco. Eso es imposible.

ERNESTO. ¿Cómo que imposible? Has tenido la desfachatez de convertir hoy esta casa en un continuo infierno.

EMILIO. (Vuestra es la culpa.) Repito que es imposible, puesto que la cartita en cuestion se la entregué yo á una señorita, hija de un empleado, amigo mio, y por cierto muy guapa.

ERNESTO. ¿Se puede creer?

EMILIO. Tanto que el traje de aldeana que llevaba, se lo proporcioné yo mismo.

ERNESTO. Entónces, ¿qué demonio de enigma es este?

EMILIO. (Intentando marcharse.) Pronto saldremos de dudas. (Retrocediendo.) ¡Pero calle!.. si tengo ahí su retrato. (Mostrando el gabinete.) Ahora mismo... (Se dirige hácia él cortándole Ernesto el paso.)

ERNESTO. ¡Torpe!... ¿No te llevaste ayer el album?

EMILIO. Es verdad; no me acordaba. Vuelvo. (Vase por el fondo.)

ESCENA X

ERNESTO, despues VIRGINIA

ERNESTO. ¡Ah! De buena me he escapado. Por fin he podido conseguir que se marchara sin verla. ¡Valientes sudores he pasado! ¡No, pues los que tengo con respecto á mi mujer no son flojos que digamos! Saquemos á esta momia. (Dirigiéndose al gabinete.) Salga V., señora, salga V. pronto.

VIRGINIA. ¡Me ha muerto V., caballero, me ha muerto V.! (Con acento tragi-cómico.)

ERNESTO. (Idem.) Bien, señora, bien; lo que es menester que yo no muera tambien. (¡Peor es esto que la fiebre amarílla!) Ea!.. esa es la puerta. ¡Buen viaje!

VIRGINIA. (¿Cuanta volubilidad!... ¡Jesus, qué hombre!...) Al ménos déme V. una esperanza, una sola esperanza...

ERNESTO. (Cogiendo *La Esperanza* entre los periódicos.) Aquí la tiene V.: *La Esperanza* de ayer: el periódico más *liberal* que se publica en toda España.

VIRGINIA. (Rechazando el periódico.) ¡Ingrato!

ERNESTO. (Desesperado.) ¡Por todas las vírgenes del cielo, hágame V. el favor de retirarse, doña Virginia!

VIRGINIA. ¿Y la carta?... ¿Cree V. que puedo marcharme sin la carta?

ERNESTO. Pídasela V. á mi hermano, que es el autor de ella, y quien la tiene.

VIRGINIA. ¡Ay... qué embrollista es usted!

ERNESTO. Bien, señora, pero lárguese.

VIRGINIA. Yo no puedo marcharme... sin saber...

ERNESTO. (¡Pero cómo se pega!...) Véase V. con mi hermano, que tiene las mismas iniciales que yo, y es quien la entregó á V. ademas el traje de aldeana.

VIRGINIA. ¡Qué disparate! Si quien me lo entregó fué una amiga mia.

ERNESTO. ¿Hija de un empleado?...

VIRGINIA. ¡Traidor!... V. me asesina. (Desmayándose.) ¡Ay!... Sosténgame V. que me repite el soponcio. (Cae en brazos de don Ernesto.)

ERNESTO. ¡Señora! Podia V. haberse ido á desmayar en brazos de su marido, y no comprometerme de esta suerte.

(Aparecen doña Manuela por la derecha y don Márcos por el fondo.)

ESCENA XI

DICHOS, DOÑA MANUELA y DON MARCOS

MANUELA. (¡Qué veo... mi marido con una mujer!)...

MARCOS. (¡Qué veo... mi mujer en brazos de ese energúmeno!)

ERNESTO. (¡Mi mujer!... *¡tableau!!)*

VIRGINIA. (¡Mi marido!... ¡Ay... qué bien estaba!) (Don Ernesto suelta á doña Virginia, y se dirige hácia donde tiene el revólver. Doña Manuela le obstruye el paso, cogiéndole de la mano y llevándole hasta el proscenio. Don Márcos coge á doña Virginia con el mismo juego, trayéndoles en continuo movimiento y sin dejarles respirar hasta la conclusion de la escena.)

MANUELA. El casado que viola el techo conyugal tiene pena de la vida.

MARCOS. (Siempre con el mismo juego.) La mujer que abandona su casa por ir á picos pardos, tiene pena de la vida.

MANUELA. Es V. un bergante. (A Ernesto.)

MARCOS. Es V. una hipócrita. (A Virginia.)

MANUELA. Voy á dar parte á la justicia.

MARCOS. Voy á entregarla á la justicia.

MANUELA. ¡Por seductor!...

MARCOS. ¡Por atrevida!...

MANUELA. Para que le apliquen á V. *la pena del Talion.*

MARCOS. Para que le apliquen á V. la punta del tacon.

MANUELA. Desde ahora cruz y raya.

MARCOS. Desde ahora raya y cruz.

MANUELA. Puede V. cargar con ella.

MARCOS. Puede V. cargar con él.

MANUELA. Por haber faltado al noveno mandamiento...

MARCOS. Tendrá V. que buscar otro aposento.

MANUELA. Que empiecen á penar. (Le suelta fuertemente, yendo á cogerse del brazo de don Márcos.)

MARCOS. (Con gran importancia y retorciéndose el bigote.) Mirándonos del brazo pasear.

MANUELA. ¡Gozaron la bigamia!!...

MARCOS. Pagando con sus culpas tal infamia.

(Vanse por el fóndo.)

ESCENA XII

DON ERNESTO y DOÑA VIRGINIA

(Escena de mímica.—Don Ernesto manifiesta por medio de gesticulaciones ridículas el compromiso en que le ha puesto doña Virginia: ésta, á su vez, hace lo mismo, asegurándole que el único partido que les queda es marcharse juntos. A tal proposicion don Ernesto la obliga á salir; y resistiéndose doña Virginia, coge el revólver, da esta un grito, y afirmándole que volverá, huye.)

ESCENA XIII

ERNESTO, despues SERAFINA

ERNESTO. ¡Esto es insufrible!... ¡Esto es horripilante!... ¡Esto es atroz!... (Se pasea medio loco.) ¿Por qué ¡vive Dios! no he de tener la fuerza de voluntad de 500 caballos, para acabar de una vez con esta terrible tempestad de laberintos que me asedian?

SERAFINA. (En el foro.) ¿Se puede pasar?

ERNESTO. (¿Otra en danza?... ¡Viva la inviolabilidad del domicilio!) Adelante, señorita. (Aparte y despues de

mirarla atentamente con los lentes.) ¡Bah... no es mal bocado! ¿Qué tiene V. que mandar? No adivino...

SERAFINA. Cómo, ¿no lo sabe V.? Ya se lo habrán dicho mis papás; y si no he venido con ellos ha sido porque estaba ocupada.

ERNESTO. (¿Ocupada eh? ¡te veo!...) ¿Luego V. es la hija?...

SERAFINA. Justo, sí, señor: por mis papás sabrá V., que accedo gustosa á las proposiciones que me hace V. en su carta.

ERNESTO. No prosiga V., señorita: retírese inmediatamente porque van Vds. á acabar conmigo en Leganés.

SERAFINA. Eso es una infamia: ¡matar mis ilusiones momentos ántes de nuestro casamiento!... Carta canta. (Enseñándole una carta.)

ERNESTO. Pero, señorita, siendo casado... ¿cómo quiere V. que me vuelva á casar?... ¿Acaso estamos en Africa?

SERAFINA. Algo tiene V. de ese país.

ERNESTO. Veo que son Vds. madre é hija muy aficionadas al... sépalo V. de una vez: su papá ha venido á seducir á mi mujer, y su mamá á seducirme á mí.

SERAFINA. ¡Caballero!... ó se desdice V. ahora mismo de esas dos barbaridades, ó con este revólver (quitándoselo) le despacho en un decir *amen*.

ERNESTO. (¡La niña no gasta humos que digamos!) (Echándose á sus pies.) Por Dios, señorita, compadézcase V. de este insensato, y no le mate sino con las armas seductoras de su corazon. (Serafina deja el revólver, presentándose en el fondo Emilio, quien, al ver á Ernesto arrodillado delante de ella, le coge de una oreja y se coloca en su lugar.)

ESCENA XIV

DICHOS y EMILIO

EMILIO. (A Ernesto.) No hay rosas sin espinas. (A Serafina.) Dispense V., señorita Portugal, soy el verdadero autor de la cartita. (A Ernesto.) ¡Me querias soplar la dama! camastron... (A Serafina.) Emilio España.

SERAFINA. ¡Hola! ¿Conque es V.?... (Haciéndole levantar.)

EMILIO. Sí, señora, yo; y por cierto que no me pesa.

SERAFINA. Pues bien: estoy conforme en un todo con su contenido. Acepto gustosa esa seductora union que V. me ofrece.

EMILIO. (Con suma alegría.) ¡Oh! ¡gracias! ¡Cuán dichoso soy!

ERNESTO. (No cantes victoria todavía.) ¡Pero qué bruto eres!... Me has arrancado media oreja.

EMILIO. No haberte metido en camisa de once varas.

ERNESTO. En cambio tú me has metido en un berengenal, del que estoy deseando salir.

EMILIO. Con eso habrás purgado aquellos malos informes que diste de mí... (Al oido.) y que ahora te agradezco.

ERNESTO. Demasiado.

SERAFINA. ¡Basta!... Suplico á ustedes que todo vuelva á su estado normal.

EMILIO. ¡Oh!... Se lo prometo á V.

ERNESTO. (A Emilio.) ¿Es decir, que piensas sentar la cabeza?

EMILIO. Sí, entro gustoso en el martirologio de los casados.

ERNESTO. (¡Pobre víctima!) Al ménos tú llevas la ventaja de saber que al menor descuido... tu mujer se declara independiente.

SERAFINA. Está V. en un error; si nos uniéramos por medio de la fuerza, convenido; pero siendo á gusto de ambas partes...

EMILIO. ¡Pues!... España (Indicándose á sí mismo.) y Portugal (Aludiendo á Serafina.) quedan unidos para siempre.

ERNESTO. ¡Bravísimo!... Con lo cual, y realizados ya mis dorados sueños... puedo gritar con todos mis pulmones... ¡Viva la *union* de España y Portugal!!...

(Salen doña Manuela y don Márcos: aquella por la derecha y este por el foro.)

ESCENA XV

DICHOS, DOÑA MANUELA y DON MARCOS

MANUELA. (A Ernesto.) ¿Pero qué gritos son estos?

SERAFINA. (A su papá.) Papá, este caballero... (Presenta á Emilio.) es el verdadero autor de la cartita, y desde ahora, con tu consentimiento, mi marido.

MARCOS. (Estrechándole la mano.) En hora buena: lleva V. una alhaja. (Que me quito de encima gustoso.)

ERNESTO. (¡Apuesto á que la tal alhaja es falsa!)

EMILIO. ¡Cuán feliz soy!...

MANUELA. (A Ernesto.) Devolvamos á Emilio la fama que torpemente le habiamos quitado. Tengo en mi poder los 10.000 rs. que diste por segunda vez esta mañana.

ERNESTO. ¿Te los ha devuelto acaso la modista?

MANUELA. Sí, por medio de don Márcos, mi antiguo amigo, á quien su marido se los entregó, al saber que esa cuenta ya estaba pagada.

EMILIO. ¿Lo ves, hombre?

ERNESTO. ¡Venga un abrazo... y me declaro padrino de la boda! Pero, dime, ¿qué has sacado en limpio de aquella otra carta?...

EMILIO. Que la hija de mi amigo el empleado, no pudiendo asistir á Capellanes por una circunstancia imprevista, á última hora, prestó el trajé á

otra señora, amiga suya, que por cierto debe tener muy buen humor.

SERAFINA. ¡Mi mamá!

MARCOS. ¡Mi mujer! (Aparece doña Virginia con un lio en la mano.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y DOÑA VIRGINIA

VIRGINIA. Aquí está el traje. (Dejándolo en una silla.) (A Ernesto.) ¿No le dije á V. que volveria?

ERNESTO. Sí, pero tarde *piache.*

VIRGINIA. ¿Pues?

ERNESTO. Porque ya es un hecho la *union.* (Aludiendo á Emilio y Serafina.)

VIRGINIA. ¡Me lo cuenta V. á mí que he echado abajo las fronteras!!... (Con gran intencion.)

MANUELA. Todos hemos ayudado.

MARCOS. Tiene mucho talento mi mujer.

ERNESTO. ¡Pero qué lagarta es!

VIRGINIA. (A Emilio.) ¡Mucho ojo!...

EMILIO. Descuide V., señora.

SERAFINA. (A Virginia.) Mamá, ¿qué te parece mi marido?

VIRGINIA. Un guapo chico, que me ha convenido y te conviene. (A Márcos.) ¡Hombre, dame un abrazo!... (Al público.) Ustedes dispensen. (Se abrazan.)

ERNESTO. (Mirando el reloj.) ¡Ea, señores... en marcha: todos á los toros!

TODOS. ¡Todos á los toros!

ERNESTO (1). (Haciéndoles esperarse.) Un momento... y haré la descripcion de las suertes que va á recibir el primer bicho de mi amigo Miura.

Quince puyazos de ley,
Tres pares puestos de frente,

(1) Este final pertenece al actor cómico Sr. Banovio.

Seis pases al natural
Y una estocada... de muerte ;
Será una lidia, de fijo
Para que aplauda la gente.

(Dirigiéndose al público.)

Pero falta la puntilla...
De esa se encargan ustedes ;
Conque... rematarle á gusto,
Y hasta el domingo que viene.

(Cae el telon.)

FIN